

frente de iglesias particulares, que gobiernan con potestad ordinaria bajo la autoridad del Romano Pontífice”.

Por lo tanto, la misión del Obispo es eminentemente pacífica y se resume en tres palabras: Maestro, Pastor y Amigo.

¿Y qué otra cosa fueron los Apóstoles sino los Padres en la Fe, los Pastores en el ansia de santidad, y los amigos invariables de sus fieles? ¿Qué otra cosa significa ese poder de efecto maravilloso, que según San Ignacio de Antioquía, posee el Obispo por delegación de Jesús, que es el Obispo de los Obispos: poder de enseñar, de santificar y de gobernar?

PADRE EN LA FE

Es decir, Maestro en todo lo que se refiere directa o indirectamente al orden del hombre a Dios. En virtud de ello el Obispo ha de velar porque todos sus fieles sean instruidos en la doctrina cristiana y, a ser posible, que no haya escuela donde no se enseñen las verdades fundamentales de nuestro Credo. Porque a la par de la entrada en el mundo admirable del saber en todas sus facetas, el niño debe adquirir esas grandes nociones indispensables para orientarse y cumplir con su destino cabal aquí en la tierra: Dios, sus Misterios y su Iglesia.

Sin esa dimensión religiosa, sin ese contacto con la divinidad, el hombre queda mutilado e insatisfecho. Hay en el ser humano un ansia de infinito que nada colma, y que el genio de San Agustín expresara con frase vehemente: “Para Ti nos hiciste, Dios mío, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en Ti”. (Conf. L/ 1, c. 1).

PASTOR

Buen Pastor de las almas. ¿Cuál otra puede ser la aspiración del Obispo sino ver a sus hijos, no solamente empapados en la enseñanza cristiana, sino cumpliéndola a carta cabal? Y en ese trabajo de progresiva cristianización, de un vivir seriamente religioso, el Obispo debe actuar con su ejemplo, con su palabra constante, poniéndose

al frente de todos los movimientos renovadores, que tiendan a hacer efectiva la presencia de Cristo entre los hombres.

Ninguna actividad encaminada a mejorar las condiciones físicas y morales del hombre: su vivienda digna, su salario conveniente, su asistencia médica y su progreso social pueden jamás considerarse ajenas o al margen del ministerio episcopal. Todo el hombre tiene que ser mejorado y santificado, y todo el hombre es ese ser concreto que tiene hambre, que no tiene techo, que sufre en su cuerpo o en su espíritu, que se siente incomprendido por una sociedad inciente u olvidadiza, que pareciera haber abandonado, en ciertos momentos, el precepto divino: “Amáos los unos a los otros”.

Por eso la Iglesia tiene que hacerse presente en todos los sitios: en la fábrica, en el hogar, ya sea casa confortable o tugurio de miseria, en el campo de deportes o en los centros de esparcimientos. Y su acción evangelizadora tiene que abarcar todo el ámbito de la dignificación humana, desde la escuela hasta el dispensario médico y desde la casa de salud o de regeneración hasta el refugio nocturno para el que no tiene hogar ni vivienda estable.

AMIGO

Por último, el Obispo ha de ser el amigo de todos, para el servicio de la comunidad encargada de su custodia, y así como debe protegerla de los errores doctrinales, así también debe ampararla con su solicitud. San Isidoro, obispo de Sevilla, describía en términos impresionantes esta urgencia de servicio y de don de sí mismo para los demás: “Tendrá el Obispo una caridad supereminente. Una inmensa solicitud por los pobres, vestirá a los necesitados, dará de comer a los hambrientos... Y si todos los cristianos anhelan oír aquella sentencia consoladora: “Fuí peregrino y me recibiste”, con cuanta mayor razón anhela esto el Obispo, cuya vivienda es la casa de todos”.

Para él no debe haber ni ricos, ni